



Capítulo 420: La recreación de lo divino

Virgilio mantuvo los ojos medio cerrados, todavía consciente de cada fluctuación en la energía de Runeas. El débil pulso de su aura ondeaba como una vela al borde del viento. Pero ella estaba viva. Débil, desprovisto de poder, marcado por el dolor—pero vivo.

Fue entonces cuando la voz de Paimon resonó detrás de él, cortando la tenue tensión que se había instalado.

"Entonces... ¿tienes un momento ahora? ¿O ya vas a salvar otra alma casi condenada?"

Vergil ni siquiera se molestó en ponerse de pie por completo. Todavía arrodillado junto a Runeas, simplemente giró la cara lentamente, dándole a Paimon una mirada seca —mitad escéptico, mitad aburrido.

"... ¿Qué es exactamente lo que quieras ahora?"

Paimon no respondió con palabras. En lugar de eso, dio dos pasos hacia adelante, inclinándose hasta que su silueta oscureció la luz púrpura de su sexy cuerpo. Su imponente cuerpo se inclinó suavemente y, con un movimiento fluido, tiró de su cuello con una delicadeza inesperada, acercando peligrosamente sus rostros.

Su aliento olía a rosas nocturnas—dulce y embriagador. Y sus pechos... enormes, pesados, envueltos en una prenda que no ocultaba nada, prácticamente presionados contra su pecho como una trampa deliberada.



"No es lo que piensas," susurró, con la voz baja y casi riendo.

Virgilio arqueó una ceja, inmóvil. "... ¿Acabas de empujar tus pechos en mi cara y esperas que no piense nada al respecto?"

"Oh, amor, si quisiera atraparte, ya lo habría hecho mientras dormías... sabes que puedo... sólo estoy esperando el momento adecuado para abalanzarme," ella respondió con picardía, y luego, sorprendentemente, deslizó su mano entre sus pechos, jugueteando con ellos por un momento hasta que sacó un pequeño dispositivo rectangular: un teléfono celular encantado.

El gesto rompió por completo cualquier tensión seductora. Virgilio parpadeó con incredulidad.

"... ¿Estás guardando esto ahí?"

"Claro", respondió casualmente, pasando el dedo por encima de la pantalla encantada. "Es seguro, protegido... y mira lo que tengo."

Ella giró la pantalla hacia él con una sonrisa traviesa.

"¡Ya tengo el resto!"

La pantalla mostraba una secuencia de imágenes: fotografías arcanas de dos fragmentos antiguos, envueltos en luz plateada y runas dracónicas. Uno estaba incrustado en una roca de obsidiana; el otro, medio fusionado con una estructura rúnica que parecía provenir de un templo abandonado.

Virgilio se enderezó ligeramente y ahora sus ojos están alerta.



"... ¿Fragmentos de Excalibur?" Él entrecerró los ojos. "Estos son los dos últimos."

Paimon asintió con orgullo, agitando su teléfono como si alguien estuviera mostrando una joya rara.

"Tenías tres. Me quedé con tres más... faltaban dos. Pero ahora... están todos aquí."

Virgilio guardó silencio por un momento y su expresión se endureció.

"... ¿Fuiste a Specter Island?"

Cruzó los brazos, todavía sonriendo. "Sí. Después de que lo mataste, el lugar se derrumbó parcialmente... pero logré entrar justo a tiempo. La energía residual todavía era una locura. Tuve que defenderme de un Leviatán generado por la energía sagrada de los fragmentos, pero encontré esto allí, escondido en un altar roto."

La expresión de Virgilio ya no enmascaraba su desconfianza. "... ¿Y por qué me cuentas esto ahora?"

Paimon cerró su teléfono, metiéndolo nuevamente en sus pechos como si fuera un bolsillo normal. Luego, con una mirada más seria, dio un paso adelante.

"Porque podría destruir los fragmentos. O venderlos. O dárselos a alguien. Pero..."

Miró brevemente a Safira y Sefirotia, quienes permanecieron en silencio al fondo de la habitación, antes de volverse hacia él.



"...nosotros —Amón, Astaroth, yo y Phenex— decidimos que tal vez sería mejor... reconstruirlo."

"... ¿Reconstruir Excalibur?" Virgilio repitió, incrédulo. "Estás bromeando."

"No lo soy."

Vergil se hizo a un lado y volvió a ponerse de pie. Su aura permaneció fría y contenida, pero la tensa línea de su mandíbula lo decía todo.

"Estás olvidando que esta arma fue rota por algo, y estaba algo corrupta, ¿verdad? No intento ser negativo."

"¿Desde cuándo importa eso?" Paimon respondió cruzando los brazos con más fuerza. "Porque ahora será tuyo."

Virgilio hizo una pausa. El silencio entre ellos se hizo pesado.

Paimon continuó:

"Absorbiste uno de los fragmentos. ¿Recuerdas? Fusionaste parte de Excalibur con tu Arma del Alma. No fue sólo un refuerzo mágico—fue un vínculo espiritual. Parte de Excalibur está dentro de ti ahora, durmiendo en el centro de tu poder en esa espada llamada Yamato."

Virgilio pasó su mano sobre su barbilla pensativamente. Él recordó. Cuando Yamato y la reliquia se fusionaron en uno, creando una espada demoníaca sagrada...



Paimon dio otro paso, su rostro ahora serio. "El punto es... incluso si reconstruimos la espada, nunca volverá a ser la misma. Está... corrompido. O mejor dicho, transformado. Y tú, Virgilio, eres el único ancla confiable que tenemos. Si va a haber un nuevo Excalibur... entonces debe estar vinculado a alguien que pueda contenerlo."

"... ¿Confías tanto en mí?" Vergil soltó una risa seca.

Paimon inclinó ligeramente la cabeza. "Confianza es una palabra fuerte. Pero... confío en que seas lo suficientemente peligroso como para asustar a una espada."

Virgilio levantó las cejas. "...Está bien."

"Además," añadió, un brillo en sus ojos, "hay algo más. El fragmento que faltaba... el que tenía Specter. No lo he encontrado por ningún lado. Ni rastro. Y eso significa que o se desintegró con el cuerpo... o fue absorbido junto con el resto."

Virgilio entrecerró los ojos. "¿Entonces absorbí dos fragmentos?"

Paimon asintió lentamente. "Es una hipótesis, pero tiene sentido. El poder del espectro era... anormal. Canalizó la energía de la maldición de manera muy poderosa; tendría sentido si estuviera usando uno de los fragmentos cuando invadió tu mente y trató de apoderarse de tu cuerpo. Y cuando lo devoraste, no fue sólo su alma. Fue todo."

Virgilio se pasó una mano por el pelo, mirando al techo por un momento.

"Genial. Ahora soy un trozo andante de espada divina templada por el caos..."



"Básicamente," Paimon murmuró, sonriendo como si le divirtiera la situación. "Pero... por eso creemos que es mejor que lo conserves. Los siete fragmentos... incluso si se reconstruyeran, nunca podrían ser liberados. Pero fusionado contigo... quizás haya equilibrio."

Virgilio se quedó en silencio. En el interior, la idea le provocó náuseas. No por la espada en sí, sino por lo que representaba. Un símbolo de juicio absoluto. De luz fanática. De justicia sin compasión. Él, que caminaba entre las sombras y estaba hecho de muerte, no era exactamente el portador ideal para algo así.

O quizás... precisamente por eso.

"Quieres reconstruirlo. Yo soy el barco. ¿Y cuándo todo esto esté completo...?"

"Será parte de ti. Ni un arma, ni una entidad. Una extensión de tu alma. Un nuevo Excalibur, con tu firma."

Virgilio exhaló lentamente, cerrando los ojos.

"...Estáis todos locos."

"Tal vez," Paimon respondió con un ligero encogimiento de hombros, y su sonrisa perdió algo de su malicia anterior. "Pero entre eso y dejar que los fragmentos se pierdan de nuevo... bueno, no queremos otra guerra como la anterior, ¿verdad? No queremos más problemas como ese."

Dio un paso adelante, esta vez su expresión más serena. No había seducción en su mirada, sólo apertura.



"Ya llevas muchas cicatrices. Pero te has vuelto más fuerte, más estable. Y tal vez... sea hora de aceptar eso como parte de ti. Quizás sea hora de dejar de huir de esta fuerza."

Bajó la voz, casi como un secreto.

"Y bueno... quizá realmente seas el único capaz de usarlo sin corromperse. Entonces... ¿por qué no llevar la espada contigo?"

Virgilio permaneció en silencio.

Sus ojos se giraron lentamente hacia un lado, descansando sobre el cuerpo dormido de Runeas. Su pecho todavía subía y bajaba con dificultad, su alma desgarrada pero viva. El aura que una vez había amenazado con consumirlo todo ahora quedó reducida a una tenue brasa.



Entonces Virgilio dirigió su mirada hacia sus manos. La piel estaba limpia, pero sintió el peso allí—el peso de algo antiguo, inactivo. *Como si la espada ya estuviera con él, escondida en lo profundo de su esencia.*

"...Hagámoslo bien", dijo finalmente con voz profunda y firme. "Nada apresurado. Nada basado únicamente en la fe o el impulso."

Luego se volvió hacia Paimon y sus ojos se estrecharon ligeramente.

"Hablemos con Vivianne. Antes, ella y yo estábamos considerando fusionar dos fragmentos con mi Arma del Alma. Pero... ahora que los tenemos todos..."

Hizo una pausa, con los ojos pensativos.



"...Tal vez reconstruir Excalibur no sea tan peligroso como parecía. Quizás, en las manos adecuadas... pueda renacer de manera diferente."

Paimon sonrió, esta vez sinceramente. Un brillo sutil brilló en sus ojos.

"En las manos adecuadas, ella puede ser todo lo que no ha sido antes."

Paimon se quedó en silencio por un momento, simplemente observando la forma en que los ojos de Virgilio se desviaban hacia el pensamiento — demasiado profundo para ser interrumpido de alguna manera frívola. Pero, siendo quien era, no se resistió por mucho tiempo.

Ella se acercó nuevamente. Más cerca de lo necesario. Sus dedos se deslizaron sutilmente a lo largo de su antebrazo, lo suficiente para que él sintiera la energía cálida y seductora que ella exudaba naturalmente. Su voz bajó algunos niveles, volviéndose más baja, casi melódica.

"... ¿Y no quieres aprovechar este momento... para relajarte un poco?"

Inclinó la cara, dejando que su dulce e intenso perfume llenara el aire entre ellos. "Ha pasado un tiempo desde que me tocaste, Virgilio."

Arqueó una ceja y la miró como si estuviera mirando una trampa obvia. Sus ojos escarlatas eran fríos—pero no indiferentes.

"Aún no has demostrado lo suficiente", respondió ella, con la voz tan seca como una hoja enfundada. "Y no conozco tus intenciones, Paimon." Habló y se dio la vuelta, "¿Pero quién sabe? Lleva los fragmentos a la mansión Agares." Dijo y desapareció en un círculo mágico rojo.